

con minuciosidad suficiente, la rica naturaleza romántica del héroe de este cuento. Su error fue en verdad un error muy envidiable. Y él lo sabía, si era el hombre que yo imagino. ¶ ¿Qué podría ser más agradable que sentir, simultáneamente y en pocos minutos, todas las fascinadoras angustias del partir, combinadas con toda la seguridad humana de volver a casa? ¿Qué mejor que gozar con la diversión de descubrir África, sin tener la desagradable necesidad de trasladarse a ese continente? ¿Qué podría ser más agradable que felicitarse por descubrir Nueva Gales del Sur y comprender luego, con lágrimas de alegría, que en realidad no era más que la vieja Gales del Sur? Este, al menos a mi parecer, es el problema principal de los filósofos y en cierta forma, el principal problema de este libro. ¶ ¿Cómo es posible que el mundo nos asombre y al mismo tiempo nos hallemos en él como en nuestra casa? ¿Cómo puede este pueblo cósmico, con sus monstruos y lámparas antiguas, cómo este mundo puede hacernos sentir simultáneamente, la fascinación de un pueblo exótico y el confort y el honor de ser nuestro propio pueblo? Demostrar que una creencia o una filosofía es verdadera desde todo punto de vista, sería empresa demasiado grande aún para un libro más vasto que éste; es necesario atenerse a una sola línea de argumentación; y esa es la táctica que me propongo observar. ¶ Quiero dejar expuesta mi fe, como llenando esa doble necesidad espiritual: la necesidad de aliar lo familiar con lo extraño, afiliación que con acierto el cristianismo llama *romance*. Porque la misma palabra *romance*, tiene en sí el misterio y el primitivo significado de *Roma*. ¶ Cualquiera que se disponga a discutir algo, debe empezar siempre, especificando qué es lo que no discute. Antes de determinar qué se propone probar, debería determinarse qué es lo que no se propone probar. ¶ Lo que no intento probar, lo que me propongo dejar como lugar común a mí y a la mayoría de los lectores, es esta inclinación a una vida activa e imaginativa, pintoresca y llena de poética curiosidad; a una vida como la que el hombre occidental, por lo menos aparenta haber deseado siempre. ¶ Si un hombre opina que la extinción es mejor que la existencia o que una vida vacía y monótona es mejor que la variación y la aventura, ese hombre no es uno de los seres normales a quienes me dirijo. Si un hombre no tiene preferencia por nada, nada puedo darle.